

CAPÍTULO 6
*SENSIBILIDAD, JUSTICIA
Y SACRAMENTALIDAD*

6.1. ESTADO DE LA CUESTIÓN

Los primeros cinco temas tratados son los fundamentales. Sobre ellos puede construirse todo el discurso posterior. De todas maneras deseamos volver sobre algunos de ellos, por su importancia. Todos ellos dicen relación a la corporalidad (véase 1.3), satisfacción en general (1.7), la muerte (2.8), la carne (3.4), la satisfacción en particular del pobre (4.9); es decir, sitúan el tema de la *sensibilidad*.

Leemos en los periódicos cada día: la muerte atroz por hambre de muchos hermanos en Etiopía y Sudán, de personas torturadas por la «guerra sucia» en Argentina, el calor sofocante de los desiertos o el frío en otras regiones, la pobreza de los limosneros en París o Londres, la pobreza de los países periféricos, de las clases dominadas...

Leemos en la Sagrada Escritura:

«Venid, benditos de mi Padre; heredad el Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estaba sin casa y me hospedasteis, enfermo y me visitasteis, estuve en la cárcel y fuisteis a verme...» (Mt 25,34-36).

Deseamos volver sobre este tema, porque se trata del criterio primero de la ética cristiana, de la ética de la liberación; el criterio absoluto que juzga la bondad o maldad de las acciones, de la praxis. La corporalidad, la «carne» es la que *siente*, sufre,

duele, goza. Si la «carne» no tuviera ninguna dignidad podría negársela. Pero parece que tiene un lugar central en la ética cristiana.

6.2. HELENISMO, GNOSIS Y MANIQUEÍSMO

En los primeros siglos cristianos hubo tres corrientes que despreciaron la corporalidad, la carne, la sensibilidad como malos.

En primer lugar, el pensamiento indoeuropeo, y en especial los griegos, despreciaban el «cuerpo», porque pensaban que era el origen del mal. Desde los presocráticos, pero especialmente en Platón y Plotino. Este último escribió que «la materia es el pecado original», porque limita, determina, parcializa el «alma» del universo como «mi» alma, inclinándola por sus deseos a las cosas pequeñas, egoístas, bajas. Lo mismo pensaba el pensamiento hindú o el budista, por ejemplo. Eran morales de la «liberación del cuerpo» para dedicarse a la contemplación de las cosas divinas -que sólo una aristocracia podía realizar-.

Este dualismo penetró en el cristianismo del primero y segundo siglos en la Escuela de Alejandría -Orígenes es un buen ejemplo-. Metodios de Olimpia fue su primer crítico. Poco después se difundió entre los gnósticos (como los docetistas). Para ellos el «cuerpo» había sido causado por el pecado del «eón Sofía» (una sustancia eterna en la compleja estructura -de creencias de aquellos herejes primitivos). El «cuerpo» era malo. Jesús debió entonces tomar «aparentemente» un cuerpo; de lo contrario habría asumido el mal. Ireneo de Lyon los combatió claramente.

Los maniqueos, sucesores de Mani (zoroástrico del siglo III d. de C.), pensaban que la materia era un principio eterno, como Dios, y ésta era el origen del mal que encadenaba al alma como cuerpo: «Malditos los que han formado mi cuerpo, los que han encadenado mi alma», dice un texto maniqueo antiguo.

6.3. DIGNIDAD DE LA «CARNE»

Hemos visto que la «carne» indica el orden humano, natural, lo que no es espíritu (véase 3.4). Sin embargo, la «carne» tiene también en el pensamiento hebreo-cristiano un sentido positivo, ya que se afirma que «el Verbo se hizo *carne*» (Jn 1,14), pero no «cuerpo».

El pensamiento hebreo y cristiano afirma la *unidad* del hombre como «carne». Si usa a veces la palabra «cuerpo» (*sóma*) en griego, está pensando en «carne» (*basár* en hebreo, porque los traductores de la Biblia llamados «los Setenta» así lo hacen frecuentemente). La «carne» también significa todo el hombre, el orden humano, la historia y la sociedad de los hombres. El «alma» (*néfesh* en hebreo) es la «vida» de la carne, pero no un co-principio como para los indoeuropeos. La «persona», carne, rostro, es alguien indiviso. «Cuerpo/alma» era un dualismo inaceptable para el pensar más profundo y central de la tradición profética.

El «alma», para los griegos e indoeuropeos, era divina, ingenerada o eterna, inmortal o incorruptible. Por ello los apolo-gistas decían que «sólo Dios es increado e incorruptible... Por esta causa mueren y son castigadas las almas» (Justino en su obra *Diálogo con Trifón* 5). Al morir la «carne» muere el ser humano en su totalidad.

La «carne», la «carne» del otro, su rostro (persona) (véase 1.3), es lo único santo entre las cosas creadas, tiene una dignidad suprema después de Dios. Por ello, todo lo ligado a la «carne» (la sexualidad, la sensibilidad, el gozo, etc.) es bueno, tiene dignidad, es positivo, no es rechazado -excepto el pecado, cuando la carne se totaliza idolátricamente-.

6.4. SENSIBILIDAD. LA «PIEL»

Ahora llegamos al momento central de nuestra reflexión, que pasa frecuentemente inadvertida en las morales de dominación, pero que es arranque del discurso de la ética de liberación.

Llamamos «sensibilidad», en este caso, no tanto la capacidad sensible cognoscitiva (el sentido de la vista o el oído, etc.) como medios para constituir el «sentido» o significado de lo que aparece en el mundo (momento intuitivo). Queremos aquí llamar la atención de la «sensibilidad» como el «sentir» dolor, hambre, frío..., o gozo, satisfacción, felicidad empírica. Nuestra subjetividad es herida en su intimidad más recóndita cuando algo lacera nuestra piel, cuando nuestra carnalidad es atacada en su constitución real por un traumatismo. «Sensibilidad» como la resonancia, impacto en nuestra capacidad de «contento», de padecimiento, de alegría o tristeza.

Todos los seres vivos, aun el unicelular (como la ameba), tienen una última frontera que unifica la estructura viva y la separa del «medio», de lo de «afuera»: es una membrana. Esa membrana (que puede tener muy diversas constituciones) en el ser humano es la «piel» (pero interiormente puede ser mucosa, o externamente la córnea del ojo, o el tímpano del oído, o las papilas gustativas de la lengua, etc.). «Sentimos» entonces lo que proviene del exterior como gozo, gusto, satisfacción, o como dolor, disgusto o traumatismo sufriente.

La vida se protege a sí misma ante el peligro, o exalta de gozo ante su realización, también en la «sensibilidad», que es como una luz «verde» o «roja» que señala la realización o no de sí misma.

6.5. INJUSTICIA Y SENSIBILIDAD

Los hedonistas, pero igualmente los estoicos, epicúreos y hasta budistas, hablaron en favor o en contra del «placer». Nosotros no hablamos del «placer», sino de la «sensibilidad», pero la *del otro*. Se trata de «su» hambre, sed, frío, enfermedad, falta de vivienda... Negatividades de la sensibilidad producidas por el pecado.

El pecado es dominación del otro; su fruto es la pobreza del otro. La pobreza es un concepto amplio para indicar la negatividad de su sensibilidad: es su hambre, sed, frío..., todo ello es «su» pobreza como fruto del pecado (que desposeionó

al otro de su comida, bebida, casa, vestido, salud...). Porque la «carne» es positiva, digna, buena; el hambre, la sed, la falta de vivienda, el frío... son malos; pero no sólo un mal «físico»; son un mal ético, político, comunitario. Son «mal» como fruto del pecado, de la injusticia.

El sufrimiento del hambriento (que ha sido robado) o del torturado (como Jesús entre los soldados romanos o pendiendo de la cruz por haberse comprometido en la evangelización de los pobres) se experimenta en la «piel), en la mucosa estomacal. La «carne» grita, sufre, padece. Es la «sensibilidad» la que notifica en el oprimido-justo (como Job) la realidad del pecado (de la otra subjetividad como dominadora, ladrona, torturadora). El pecado, praxis del dominador (y satisfacción para él, ya que su sensibilidad goza del bien ajeno), aparece así como dolor (en la subjetividad sensible del oprimido) .

Por ello este dolor de la carne, en su sensibilidad, es el «juicio final) de toda praxis humana. «Tuve hambre» es la sensibilización en el oprimido del sentido de la praxis del dominador o del justo.

6.6. MORAL ASCÉTICA Y ÉTICA CARNAL

Todas las morales de dominación (véase 3.2) son ascéticas, de «liberación del cuerpo»; el cuerpo no vale nada, es decir, el cuerpo del otro: insensibilidad ante la sensibilidad o el dolor ajeno. Toda ética de la liberación es carnal, es decir, afirmación de la carne, de la sensibilidad, y sensibilidad ante el dolor del otro -más cuando éste es fruto del pecado de dominación-.

Las morales ascéticas de dominación comienzan por enunciar que lo «espiritual» (no el Espíritu, sino lo mental, lo no material, «buena intención», etc.), el alma, es lo sagrado, lo «virtuoso»; y lo material, lo corporal, lo profano, lo sensible, no tiene valor alguno; es lo «vicioso». Luego todo lo que acontece en este nivel negativo (corporal) no tiene importancia alguna: el trabajo manual cotidiano, la tortura que ejecuta un dictador latinoamericano, las drogas medicinales o de otro

tipo, nocivas y prohibidas en el primer mundo y vendidas al tercer mundo, o las experimentadas por la CIA, etc. Todo vale en vista de los valores eternos, de las virtudes espirituales, culturales, del alma. Es moral de dominación.

Las éticas de liberación son «carnales» si por «carne» se comprende *todo* el hombre y en su indivisible *unidad*. En ese caso no hay cuerpo material, sino «carne»; no hay alma incorporeal, sino «carne». El Verbo se hizo «carne» y no cuerpo ni alma separadamente.

Así recuperada la *unidad*, el dolor del prójimo es un «signo» (la luz roja que indica que algo anda mal) del pecado, o, al menos, la exigencia de ir en su ayuda (como el samaritano). La sensibilidad (con-miseración, com-pasión: el saber sufrir con el otro) ante el dolor ajeno se transforma en el criterio mismo de la praxis. El criterio es «carnal»: «tuve hambre...»; sin embargo, el compromiso es «espiritual»: el Espíritu mueve al servicio (véanse 4.5 y 5.4).

6.7. COMER-ALIMENTO, MORAR-CASA, VESTIR-VESTIDO

La sensibilidad se goza en la satisfacción, en el consumir, usar o poseer aquel producto del necesario trabajo (véase 1.7). Es el ciclo mismo de la vida deseado por Dios. Pero entre la necesidad y la satisfacción está toda la historia, la historia del pecado como holocausto de la vida y robo del producto del trabajo.

«Tuve hambre y me disteis de *comer*». El «comer» es un acto de consumo, de destrucción, de asunción, por ejemplo, de pan. Es el momento en que «lo otro» (el producto) se hace mi carne. La carne recuperada, revitalizada, habiendo incorporado lo que le faltaba (negatividad), goza, se satisface, porque *realmente* revive. La sensibilidad anunciaba como «hambre» su muerte, y ahora indica como «gozo» su vida reproducida.

No hay, sin embargo, gozo y alegría del comer, morar, vestir (como protección del frío), etc., sin la cosa u objeto producido que niega la necesidad. Pero esa cosa, objeto, producto, es fruto del trabajo y se distribuyen según las instituciones so-

ciales. En el capitalismo se posee el objeto del consumo previo pago de dinero (véase 11.8). Si se tiene hambre pero no dinero, se quedará con su hambre, porque nadie puede auxiliarlo. El sin-dinero no niega por ello su sensibilidad (su hambre); debe soportarlo como injusticia ética -aunque la moral social vigente a nadie pueda culpar-.

El alimento, la casa y el vestido son objetos de consumo, pero además «signos» de bondad cuando son producto del servicio, la justicia, la praxis de liberación (Sant 2,15) (véase 17,4). Son signos «de la gracia» -signos sensibles, materiales de la sensibilidad- del otro; son don, regalo del héroe, del profeta. ..., la «leche y miel» de la tierra prometida. «Yo soy el pan de vida» (Jn 6,48).

6.8. POBREZA CULTURAL

El pobre no sólo sufre en su carnalidad, en su sensibilidad, la falta de bienes materiales de consumo. Sufre también la falta de otros bienes. La vida se afirma por medio de órganos naturales, tales como los ojos, las manos, los miembros, que permiten moverse en el espacio. «Organos naturales» de los seres vivos para cumplir con las funciones vitales: ver, manipular, transportarse...

El hombre, sin embargo, ha sabido prolongar sus órganos naturales por medio de órganos artificiales, históricos, culturales. Son objetos producidos *con los que se cumplen acciones* que son prolongación de las acciones naturales. En el comer, el cuchillo prolonga los dientes, el tenedor las manos; el martillo golpea más que los puños... Instrumentos culturales prolongación de la propia corporalidad, carnalidad.

El pobre no sólo no tiene pan, casa, vestido -bienes de consumo-. Se le han arrebatado igualmente sus bienes productivos, los instrumentos para reproducir su vida. No tiene tierra ni trabajo propio, ni medios de producción. Sólo tiene su «piel» sufriente y su trabajo como una mercancía que puede vender. Por ello hoy podríamos decir no sólo «Tuve hambre...», sino «No tuve trabajo y no me ayudaste; no tuve tierra y me explotaste; no tuve instrumentos...».

La cultura (véase 18.6) como totalidad instrumental, la tecnología como prolongación de la corporalidad, cuando falta al hombre es igualmente causa de dolor, sufrimiento, desigualdad. La totalidad de la cultura es la «carne», y el pobre sufre su carencia.

6.9. La «CARNE» ES LA QUE RESUCITA

En inglés el credo enuncia: «Creo en la resurrección del cuerpo (body)». Esta formulación es diferente de la del *Símbolo de los Apóstoles*, que dice: «Creo en la resurrección de la carne»; y de la de otro símbolo muy antiguo: «Creo en la resurrección *de los muertos*». ¿Son estos enunciados idénticos?

Decir que resucita la «carne» o «los muertos» es repetir la antigua doctrina hebreo-cristiana. La «carne» y «los muertos» indican que *todo* el hombre ha muerto y *todo* él resucita. Sócrates, sabio griego que creía en la inmortalidad del alma, estaba feliz ante la muerte -como lo relata en su *Apología de Sócrates* el mismo Platón-. Si el cuerpo es el origen del mal, la muerte es el origen de la felicidad y el volver con los dioses. Por el contrario, Jesús se angustia terriblemente ante la muerte (Lc 22,40-45), porque es realmente muerte de *todo* el hombre.

Para el cristiano la «carne» es positiva: su dolor hay que superarlo, su hambre hay que calmarla. Por ello afirma el Reino como resurrección de la carne. Esto es absurdo para los que desvalorizan la materialidad, la sensibilidad carnal. Así fue que los griegos tomaron a broma a Pablo cuando les habló de «la resurrección de los muertos» (*Praxis* 17,32). ¿Para qué necesitaríamos el cuerpo en la felicidad de los dioses si el alma es inmortal, pensarían aquellos griegos (esclavistas, que hacían trabajar a sus esclavos en sus cuerpos..., pero que nada en realidad valían... para los griegos)?

La afirmación de la «resurrección *de la carne*» es esencial, pero no sólo como doctrina escatológica (después de la muerte), sino como doctrina ética histórica: dar toda su dignidad a la carne exige calmar su «hambre» como criterio de bondad, de santidad.

6.10. SACRAMENTALIDAD

Decían los clásicos que un sacramento era un «signo *sensible* de la gracia». En su materialidad estriba la posibilidad de su significación. Un cierto «conciencialismo» descorporalizante ha olvidado la carnalidad sacramental de la ética.

El agua del bautismo, el aceite de toda consagración, pero fundamentalmente el pan eucarístico, nos hablan de la sensibilidad nuevamente (véanse 1.6 y 4.9), de la sacramentalidad. Es *real* no lo que es objeto sólo del pensar; real es lo que es objeto de la sensibilidad -mostraba Kant o Feuerbach-. Cuando toco algo experimento su realidad (Lc 24,38-43).

Si el cristianismo fuera una religión intimista, individual, «espiritualista» -en su sentido de no corporal-, sólo de la «buena intención», sin parámetros objetivos, sin comunidad, entonces, ¿para qué los sacramentos? Toda moral de dominación o niega el sacramento por negación de la carnalidad o fetichiza los sacramentos (obran mágicamente por sí mismos, sin posición subjetiva, personal, adecuada).

La sacramentalidad de la vida cristiana establece la esencial importancia de la sensibilidad, de la realidad del «pan»: *fruto del trabajo* para la *vida* del trabajador. Ofrecer a Dios el pan exige, previamente, la existencia objetiva de la comunidad habiendo satisfecho las necesidades de sus miembros. La sacramentalidad asume la totalidad de la vida humana: política, económica, erótica, pedagógica..., como signo para la sensibilidad y desde la satisfacción de la sensibilidad carnal por la justicia. Sacramentalidad y sensibilidad van, de la mano.

Conclusiones

En este tema era necesario volver sobre nuestros pasos y reunir lo ya dicho sobre un tema central y, sin embargo, frecuentemente olvidado por los dominadores satisfechos. El «tuve hambre y me dieron de comer» es el hilo conductor. Muchas herejías (como los gnósticos, maniqueos, albigenses, cierto carismatismo, etc.) olvidaron la dignidad de la «carne»

-lo mismo que toda una cultura moderna capitalista, comenzando por Descartes-. La sensibilidad como dolor o gozo, la «piel» como el lugar del frío o la tortura, nos recuerdan que la injusticia, el pecado, al oprimir al pobre lo crucifican en su sensibilidad. La moral dominante niega el valor del cuerpo para poder dominarlo, explotarlo sin culpabilidad. La ética de la liberación aprecia la «carne», afirma la fe en su resurrección, moviliza la praxis para dar alimento al hambriento, entrega los instrumentos para el trabajo al pobre; comprende que la sensibilidad es el acceso a la sacramentalidad cristiana.

Deberíamos hacernos algunas preguntas:

¿Quiénes y por qué negaron la dignidad de la «carne»?

¿Qué es la sensibilidad cuando se dice «tengo hambre»?

¿Por qué el pecado y la injusticia tienen que ver con el «tengo hambre» ?

Distinguir y explicar la «moral ascética» de la «ética» que aprecia la carne.

¿Qué sentido histórico, político, comunitario tiene la doctrina de la «resurrección de la carne» ?

Explicar la relación entre sacramentalidad y sensibilidad.